



PLUMAS Y PLUMEROS

Delirios infantiles



Si a los veinte años la mayoría de los escritores quieren ser poetas malditos con el cuello del abrigo subido hasta las orejas, su vejez suele anunciarse con la inspección al detalle de la cuenta bancaria y los ingresos por venta de derechos de autor. Es bueno no olvidarlo ahora, cuando se agita la discusión por el Premio Nacional de Literatura.

Recuerdo una bochornosa intervención en la sede de la SECH, instigada por los poetas jóvenes de los años ochenta, deseosos de enterrarse lo antes posible cualquier tradición anterior que pudiera opacar su ascenso. En la ocasión, los novatos escritores desplegaron pancartas pidiendo la renuncia del presidente o director de la entidad, quien asombrado ante tamaña irrupción comenzó recitando un verso que por supuesto los rebeldes muchachos desconocían. Hace poco, los diarios informaron de una protesta de similares características que

ocurrió con un candidato la sede de la misma institución, en señal no sólo de una vieja aspiración por liquidar ciertos símbolos, sino también como prueba de que estamos ante la presencia de una nueva generación de escritores.

Lejos de lo que pudiera pensarse, la edad no conlleva sin embargo una atenuación de los delirios infantiles que desvelan a los creadores. Hace años, implicado como editor en la revista "Caras", me tocó atender al escritor Antonio Skármeta, hoy embajador de Chile en Berlín y candidato entre otros al Premio Nacional, quien entonces venía muy orgulloso y contento a mostrar un ejemplar de "Ardiente paciencia" traducido al chino. El libro estaba escrito e impreso en caracteres

orientales, por cierto, es decir era auténticamente chino, pero no estaba nada claro si era aquél que efectivamente Skármeta decía que era o bien otro cualquiera (las enseñanzas de Kim Il Sung, por ejemplo, o "Veinte mil leguas de viaje salvaje"). Incluso podía darse la eventualidad de que él creyera de buena fe que se trataba de "Ardiente paciencia" y hubiese sido víctima de una broma, vista su inclinación a festinar los

textos de sus colegas. Igual estaba tan feliz y confiado, que no pude menos que felicitarlo.

Pero el de Skármeta no es un caso aislado. La obsesión por verse traducido es una enfermedad común entre los escritores, quizás la más recurrente y extendida

junto con la ambición monetaria. En esto tiene mucho que ver el desprecio de la eternidad junto con la consagración del mercado como única realidad capaz de dar valor a una ficción del lenguaje. Verse a sí mismo escribiendo de buenas a primeras en la lengua de Goethe o Montaigne, o en la de Mao Tse Tung para el caso de Skármeta, se ha transformado en todo un argumento de calidad. La tendencia es tan universal que incluso los demás candidatos al premio nacional de este año lo han embebido como sus principales argumentos literarios: yo vendí un millón de ejemplares en inglés, dice Isabel Allende; a mí me tradujeron al rumano, replica Rivera Letelier. Ambos olvidan a mi tío Joseph, que ganó el Nobel y dirigió escrito que en el ámbito de la cultura no es la demanda la que origina la oferta, sino al revés: "Leemos a Dante porque escribió la 'Divina comedia', no porque sintamos necesidad de él".

Ultimas Noticias 17 - VIII - 2002 p 35

626498

Delirios infantiles [artículo] Roberto Brodsky

Libros y documentos

AUTORÍA

Brodsky, Roberto, 1957-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2002

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Delirios infantiles [artículo] Roberto Brodsky. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

Biblioteca Nacional

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile